

El escritor en llamas

Elena Poniatowska

Basadas en una entrevista que Elena Poniatowska le hizo muchos años atrás, en la que Rulfo se describe a sí mismo como el hombre más triste del continente, estas notas permiten conocer al autor con una cercanía que muy pocos llegaron a tener con él.

Para sacarle provecho a Juan Rulfo hay que escarbar mucho, como para buscar la raíz del chinchayote. Rulfo no crece hacia arriba sino hacia adentro. Más que hablar rumia su incesante monólogo en voz baja, masticando bien las palabras para impedir que salgan. Sin embargo, a veces salen. Y entonces, Rulfo revive entre nosotros el procedimiento de ponerse a decir ingenuamente atrocidades, como un niño que repitiera las historias de una nodriza malvada.

Rulfo ha escrito dos libros: *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Esas trescientas veinticinco páginas rayaron de una vez por todas a la literatura mexicana.

Por algo *Pedro Páramo* se llamaba primero *Los murmullos*, porque eso es lo que se oye en toda la novela, un rumor de ánimas en pena que vagan por las calles del pueblo abandonado. Rulfo se parece a esos hombres temerarios que aceptan la cita del fantasma y se ponen a hablar con él a medianoche: “En nombre de Dios te digo, si eres de este mundo o del otro” y que luego amanecen medio atarantados, todavía con el temblor del miedo sacudiéndoles el cuerpo y sin ganas de conversar ya con los vivos. El propio Rulfo tiene mucho de ánima en pena, y sólo habla a sus horas, en esas horas de escritor serio y callado, tan distinto de todos aquellos que no dejan escapar la menor oportunidad de ser inteligentes. A Rulfo no le gusta hablar de sí mismo, porque se ha dado por entero a las voces de su pueblo, a los murmullos de Comala que todos los días se abren paso en él, trabajosa y

torpemente, porque Rulfo apenas les ayuda a expresarse, los tira a media calle a ver si logran atravesarla, los avienta en un petate y los ataranta de calor hasta que dan la última bocanada. Todas las tierras de Rulfo parecen zonas de desastre abatidas por la sequía. Los personajes titubean, buscan poco a poco su lenguaje de labriego, sus duras palabras de piedra y de lodo, traduciendo otra vez el alma humana, repitiendo sus giros, insistiendo en la idea fija: malos y buenos en la inocencia de su índole a medias cortesana y salvaje.

Rulfo siempre tiene un aire de poseído, y a veces se percibe en él cierta modorra de los médiums: anda a diario como sonámbulo cumpliendo de mala gana los menesteres vulgares de la vida despierta. Con el oído atento, deja pasar todos los ruidos del mundo, en espera del mensaje preciso, de la palabra que otra vez ha de ponerlo a escribir, como un telegrafista en espera de su clave. En sus cuentos han hablado muchas almas individuales, pero en *Pedro Páramo* puso a hablar a todo un pueblo, las voces se revuelven una con otra y no se sabe quién es quién. Mas no importa. Las almas comunicantes han formado una sola: vivos o muertos, los hombres de Rulfo entran y salen por nuestra propia alma como Pedro por su casa.

—¿Y Efrén Hernández?

—Ése, lo sabes bien, ya murió.

—¿Y Cleofas?

—También.

—¿Y Agustín Yáñez?

—Murió. ¿Por qué me lo preguntas si ya lo sabes?

—Pero tú estás vivo y tú eres un gran escritor.

—Pues yo siento que soy un pobre diablo, así es el sentimiento que yo tengo, soy todo deprimido y marginado.

—Eres más ocurrente que eso, Juan.

—Eso sí, tengo mis ocurrencias. Pero lo que no me gusta es la gente, hablar en público, no me siento bien, nada bien. Me entra el pánico, me deprimó mucho, por eso te digo que soy deprimido, me entra la depresión baja y siempre tengo la presión baja, entonces me entra una depresión más baja que la depresión.

En 1970, cuando le dieron el Premio Nacional de Literatura, produjo con su voz cascada un discurso totalmente rulfiano:

“No recuerdo por ahora quién dijo que el hombre era una pura nada. No algo, ni cualquier cosa, sino una pura nada. Y yo me siento así en este instante; quizá porque conociendo lo flaco de mis limitaciones jamás elaboré un espíritu de confianza, jamás creí en el respeto propio”.

“Allá en Comala, he intentado sembrar uvas; no se dan. Sólo crecen arrayanes y naranjos; naranjos agrios y arrayanes agrios. A mí se me ha olvidado el sabor de las cosas dulces”.

Para eso de las entrevistas, Rulfo es como los arrayanes y los naranjos que se dan en Comala. Cuando le hice la primera pregunta, en enero de 1954, me quedé media hora esperando la respuesta. Me miraba lastimosamente como miran esos perros a quienes se les saca una espina de la pata. Y al fin comencé a oír la voz de los que cultivan un pedazo de tierra seco y ardiente como un comal, áspero y duro como un pellejo de cava.

Eso fue hace 63 años. Rulfo era gordito y a él —el árbol escueto de “El Llano en llamas”— le gustaban mucho los sabinos del Paseo de la Reforma. Después se hizo famoso y eso ya no le gustó tanto, porque la fama ataranta. Pero en esos años, cuando caminaba por las calles de Tíber, de Duero, de Ganges, Nazas y Guadalquivir (el Fondo de Cultura Económica estaba en la calle de Pánuco) no se le veía por ningún lado la tristeza. Luego se hizo el escritor más triste de todo el continente latinoamericano, de la Patagonia a Alaska, y nosotros, años después, hemos seguido arropándolo para poder conservar esa gran tristeza que hace de él un ánima en pena, la de Pedro Páramo cayéndose como un montón de piedras sin Susana San Juan, la de las enlutadas de Anacleto Morones, la de la niña Tacha que pierde la vaca de “Es que somos muy pobres”, la de nuestro presente ahora mucho peor que antes, la del migrante en su “Paso del Norte”.

—Yo vivo muy encerrado siempre, muy encerrado. Voy de aquí a mi oficina y párale de contar. Yo me

la vivo angustiado. Yo soy un hombre muy solo, solo entre los demás. Con la única que platico es con la soledad. Vivo en la soledad. Ya sé que todos los hombres están solos, pero yo más. Me sentí más solo que nadie cuando llegué a la Ciudad de México y nadie hablaba conmigo, y desde entonces la soledad no me ha abandonado. Mi abuela no hablaba con nadie, esa costumbre de hablar es del Distrito Federal, no del campo. En mi casa no hablamos, nadie habla con nadie, ni yo con Clara ni ella conmigo, ni mis hijos tampoco; nadie habla, eso no se usa; además yo ni quiero comunicarme, lo que quiero es explicarme lo que sucede y todos los días dialogo conmigo mismo, mientras cruzo las calles para ir a pie al Instituto Nacional Indigenista, voy dialogando conmigo mismo para desahogarme, hablo solo. No me gusta hablar con nadie.

—Cómo le haces al cuento.

—Hace mucho que no los hago.

Encontraba yo a Rulfo en la Galería de Arte de Antonio Souza en la esquina de Paseo de la Reforma y Lieja. También lo veía compungido en una que otra cena en su honor. En una, la admiradora más ferviente se acercó para preguntarle: “Señor Rulfo, ¿y qué siente usted cuando escribe?”, y casi sin levantar los ojos Rulfo gruñó: “Remordimientos”. En otra, en la embajada de Italia, en una larga mesa de ceremonia, Alberto Moravia acompañado por su nueva mujer, la feminista Dacia Maraini, lo instó: “Señor Rulfo, está por terminarse la cena y no hemos escuchado su voz”, y Rulfo entonces dijo muy despacito: “¿Saben ustedes?, allá en Comala están desenterrando los cadáveres de los caballos”.

Tras su apariencia arisca, su flacura, su hablar lacónico y entelerido, sus manos y su rostro huidizo, se levantan los anaqueles de una de las bibliotecas más completas y eruditas de México, el girar ininterrumpido de una aguja sobre las caras negras y redondas de Lully y Scarlatti, Couperin y Buxtehude, Telemann, Pergolesi, Rameau, Cimarosa y el inglés de los madrigales Thomas Morley. Así como las piedras de las fortalezas medievales rezuman canto gregoriano, así Rulfo los laúdes, el clavicordio, la mandolina. A la hora de maitines se levantan las voces puras y agudas que hienden el alma y se vuelven Cordero de Dios. “Orlando de Lasus, Perotinus Magnus, toda la música de la Edad Media, Mira, me sé de memoria la obra entera de una infinidad de músicos de la Edad Media, el Renacimiento, el Barroco; todos los venecianos hasta la cumbre del Barroco: Bach. ¿Conoces las grandes misas de difuntos, los réquiem, la Escuela de Notre Dame? ¿Charpentier, Guillaume Dufay, el hijo de un sacerdote desconocido? ¿Has oído alguna vez el Camino a Santiago? La música antigua española es preciosa, la de



Juan Rulfo, 1973

Alfonso el Sabio; los cantos; ésa es la que más me llega, las oigo todas las noches, por eso no salgo de mi casa, leo y escucho. ¿Escuchaste a Corelli, Gabrielli, Vivaldi, Albinoni, Bocherini, Tartini, Cherubini, Haendel? No oigo nunca música coral, tampoco me gusta el rocanrol; no me preguntes eso a mí, nada de lo moderno me gusta, ni la literatura de la onda, ni la música de la onda, ni los chavos y chavas, ni sus patines o rollos, ni sus palabras atravesadas, sus vulgaridades, su estridencia, su disloque, su estupidez. Arreola renunció al Centro Mexicano de Escritores con tal de no leer literatura de la Onda; dejó de sufrir cuando ya no tuvo que leer esos textos infames, un atentado a la cultura. La verdad, yo también dejé de hacer corajes”.

¿Cuánto tiempo necesitó Rulfo para ser RULFO? Antes, trabajó en el Archivo de la Secretaría de Gobernación con Jorge Ferretis. Después lo nombraron agente de migración en Tampico, Ojinaga, San José del Cabo y Guadalajara. Su misión era pescar a los que no tenían papeles en regla. (Para mí, los papeles siempre han resultado traumáticos; permiso de estancia, FM2, permiso de trabajo, permiso de vida. No hay lugar sobre la tierra para los exiliados, su patria es el mar, la estratosfera, la luna). A la oficina de mi-

gración en Guadalajara le enviaron la tripulación de petroleros alemanes e italianos detenidos en Tampico y Veracruz. Representaban a la Alemania nazi y a la Italia de Mussolini, contra las cuales México estaba en guerra. Eran ochocientos marineros. “Yo me encargué de vigilarlos, tenían a Guadalajara como prisión, podían andar en la calle, pero no salir de la ciudad, y todos los días les pasaba yo lista. El mío era un trámite rutinario porque no había posibilidad de escape. El Atlántico donde estaban atrancados sus barcos era el único punto donde hubieran podido establecer algún tipo de contacto”.

Antes de casarse, Rulfo trabajó en la Goodrich vendiendo llantas. “Yo era un agente viajero, a los veintiocho años recorrí la república en mi coche, conozco caminos de terracería y brechas por las que nadie transita; tuve muchos pedidos, las llantas se venden solas [...]. El trabajo que más me gustó fue el de la Comisión del Papaloapan, la construcción de una planta eléctrica para hacer llegar el agua a las tierras áridas cerca de Veracruz durante el sexenio de Alemán”.

Rulfo jamás dejará de sorprendernos. ¿Acaso se sabe que perteneció al Sierra Club?: “Subí al Popo y al Izta, al Pico de Orizaba, al Nevado de Toluca, al Tanzíta-

ro, ese volcán entre Guatemala y México. Soy bueno para caminar y mejor alpinista, escalé el Iztaccíhuatl por la cabeza, las peinetas que le llaman, y pocos han trepado por esas aristas, porque son muy peligrosas, se puede intentar una vez, pero no quedan ganas de volver; es demasiado peligroso. Nuestro guía en las excursiones era un señor experimentado, no recuerdo su nombre, no recuerdo muchos nombres de la gente, se me van, no regresan, se me están olvidando las cosas”. (Rulfo se entristece, una ráfaga de pánico pasa por su rostro engarrñado que minutos antes se le había alisado al hablar de los árboles.) Entre sus respuestas dadas a regañadientes habló de su árbol favorito, la cordelina, que da frutos parecidos a las granadas chinas, pero en cordel. “En un cordel empiezan a colgar las frutas; es un árbol muy noble que crece solo y es muy vivo. Es un árbol que tiene vida, una vida casi humana (la voz de Rulfo al decir esto se vuelve muy bella), porque es una especie de enredadera y procura apoyarse en donde puede. Si tú le quitas los apoyos a una cordelina, alarga sus estípites o como se llamen, hasta donde encuentra un apoyo y de allí se va deteniendo”. Me gusta muchísimo esta conversación con Rulfo a propósito de la cordelina; ni una sola vez se le ha arrugado la cara, no ha hecho gestos; al contrario, habla echando la cabeza para atrás como si la recordara. Quizás este sea el factor benéfico que el árbol ejerce sobre el hombre; el solo pensar en él lo dulcifica. Rulfo, agradecido, recuerda y se distiende, se vuelve árbol un poco él también y no le cuesta ningún trabajo, porque siempre ha estado pegado a las cosas de la tierra. “Otro árbol que es muy bonito cuando está retoñando, un poco antes de que empiece a dar nueces, es el nogal de castilla, las hojas tienen un color que no se parece a ningún otro verde. Yo soy muy amigo de todos los árboles, de todos, menos de los huizaches y de los mezquites”.

Como Pedro Páramo, Rulfo camina entre la sequía y es hombre de pocas palabras, árido, hosco, desalentado. Porque a Rulfo todo parece desalentarlo: la vida, los honores, el trato con los demás y, sobre todo, las entrevistas. Yo creo que desde siempre se siente extraño, no sólo en la capital sino en el mundo. Y es que salió de una barranca muy honda, la de Apulco, y de allí también, con mucho trabajo, fue sacando los recuerdos y desde entonces, al hilvanarlos en dos libros prodigiosos, algo se le desacomodó por dentro, quizás el alma.

“Yo caminaba rápido para ir al trabajo como camino ahora porque siempre se me hace tarde, como ahora en que se me juntan las horas en una sola, se me atraviesan —me dice Juan Rulfo—. Yo no tenía nada, ni tenía a nadie, yo caminaba a mi trabajo; era un buen trabajo porque allí lo dejaban a uno en paz

y no había entrevistadoras polacas. Allí empecé a leer mucha historia, a todos los cronistas, a Torquemada, las relaciones históricas del siglo XVI. Descubrí que en el archivo de Migración nada se movía porque a nadie le interesaba estar allí. Con cada cambio de gabinete los corrían a todos, menos a los del archivo, del cual ni se acordaban, y en ese departamento donde no sucedía nada, nos fuimos a meter Jorge Ferretis y yo, a la sombra de Efrén Hernández. No queríamos que nos viera nadie, para así dedicarnos a nuestras cosas”.

Finalmente, quisiera contarles que, en sus últimos años, dos antes de que se muriera viajé con Rulfo a Alemania. Le gustaban mucho los quesitos Bombal rojos, pequeñas bombas con una cubierta escarlata que se abrían con facilidad, que el comedor del hotel daba a la hora del desayuno. Rulfo me pedía: “Mamacita, mis quesitos”, y guardaba yo tres o cuatro que echaba a mi bolsa como un ladrón. En la Biblioteca Central de Colonia, a las ocho de la noche del 14 de noviembre de 1984, Rulfo leyó “Talpa”, “No oyes ladrar los perros” y “Luvina”. El salón lleno hasta en su rincón más alejado, sin un solo asiento libre; los oyentes se recargaron en los muros, jóvenes encharcados, mujeres de cabello blanco, señores de gris oscuro que antes dejaron abrigos y bufandas en el guardarropa. Una muchacha anhelosa esperaba —un ramo de flores entre las manos—. En un momento dado, alguien arrancó de su libreta una página y, dentro del silencio catedralicio, se oyó como una desgarradura y todos vimos con ojos acusadores al incauto. Rulfo, pálido, delgadísimo, frágil, sonrió y siguió leyendo como soldado raso. Antes, cuando entró, descreído, a ocupar su lugar frente al público, todos se pusieron de pie. En la Biblioteca de Colonia, Rulfo leyó y cuando dejó caer la voz —de por sí caída—, se quitó los anteojos y cerró el libro, todos se levantaron al unísono e inclinaron la cabeza como si fueran a pedirle la bendición.

Apenado de ser quien es, apenado por la ovación, Rulfo se encogió para escribir dedicatorias largas con su letra aplicada. Como tardaba muchísimo, alguien se compadeció: “con que sólo ponga su nombre”. Rulfo sonreía. “No, tengo que darles las gracias, ¿cómo voy a apuntarle nomás mi nombre, si usted se molestó en salir bajo la lluvia y venir hasta acá a oírme?”. Aguardaban en silencio, con un respeto infinito. Más que escuchar a Rulfo, más que esperar su turno, parecían estar orando. Hoy aquí, en la FILEY, en Mérida, propongo también que todos nos pongamos de pie y guardemos un minuto de silencio para que Rulfo sepa que aquí entre los cocoteros y los ciricotes todos le pedimos que nos eche la bendición.

Una versión ligeramente distinta de este texto fue leída por la autora en la Feria Internacional de la Lectura de Yucatán de este año y fue publicada originalmente en *La Jornada* el 19 de marzo de 2017.